



DISCURSO

DEL MINISTRO DE ESPAÑA EN CHILE, EXCMO. SEÑOR DON JOSÉ BRUNETTI
Y GAYOSO, CONDE DE BRUNETTI



EXCMO. SEÑOR:

Señores: Cuatrocientos años hace hoy que Rodrigo de Triana cantó tierra á bordo de la carabela *Pinta*. Terminaba el viaje á través del ignorado Océano, y se alcanzaba el mundo misterioso, adivinado por el genio del Gran Almirante. No se cumplían, en verdad, las previsiones de éste de la manera que él imaginaba, pues debía morir sin saber que aquellas tierras con que había aumentado el mundo, ni pertenecían al continente Asiático, ni eran dependencias del Kathai, ni allí reinaba el Gran Khan, ni se hallaban en las cercanías de la grande isla de Cipango.

sición de recibir la herencia de Atenas y de Roma, había sucumbido ante las hordas de Mahomet II; y los sabios y los artistas bizantinos, continuadores de las tradiciones de la antigua Grecia, se refugiaban en Italia, transportando allí, con sus manuscritos, su civilización, y promoviendo en un suelo que estaba para ello preparado, ese prodigioso movimiento político y social, intelectual y artístico, que llamamos Renacimiento, y que debía extenderse por el mundo entero.

Italia era en efecto la tierra electa, el país de promisión que debía llevar en sus manos la antorcha. Después de los oscuros siglos que habían seguido á las invasiones de los bárbaros, había sido la primera en volver los ojos hacia la luz, en acordarse que no sólo de pan vive el hombre, que el alma humana tiene por esencia el orden, la belleza, y la armonía de las ideas y de las cosas. En medio de la confusión, del caos en que había quedado sumergido el mundo antiguo, había conservado, en el fondo de los conventos, débiles destellos de civilización, recuerdos apagados de las letras y de las artes paganas. De estos restos, debía crearse todo nuevamente. El genio múltiple y flexible, profundo y brillante del latino, debía recoger y transformar aquellos vestigios, darles vida, y esparcirlos por el orbe. Ya desde el siglo XII tenía Italia pensadores, artistas y poetas. En los tres siglos siguientes, se desarrollan en esa tierra privilegiada, que por segunda vez iba á ser escuela del mundo, todas las ciencias y todas las artes. En política, se forma la vida municipal más completa que jamas ha existido, y de las familias de esos príncipes, de esos tiranos, de esos jefes de Estado, Malatesta, Visconti, Bentivoglio, y tantos

otros, salen los políticos más hábiles, los hombres de Estado más acabados que las edades han conocido.

En la fiebre intelectual en que allí se vive, debían producirse aspiraciones á la libertad religiosa, y tener éstas, según los tiempos y los lugares, formas y tendencias diferentes. Y, en efecto, son á veces políticas y democráticas, á veces místicas, y á veces racionalistas. Estas tres tendencias tan pronto están en oposición, como se sostienen unas á otras, pero ejercen simultáneamente su acción sobre la política, el arte y la poesía, que hicieron de Italia, desde el siglo XIII el foco de la civilización de Occidente, y que constantemente recibieron del sentimiento religioso noble inspiración. Y con esas tendencias, las manifestaciones de su pensamiento y de sus artes, tratan con libertad de espíritu al dogma y á la disciplina; tratan á veces de conciliar la fe y el racionalismo; á veces se atribuyen el derecho de denunciar debilidades y ambiciones de la Iglesia; á veces las lleva el entusiasmo hasta el más alto ideal cristiano.

El genio propio de la raza, el sentimiento religioso, la actividad portentosa de espíritu que agita á aquella sociedad, producen al mismo tiempo una florescencia en las letras y en las artes, que no se había visto desde la antigua Grecia. Nacen los pensadores y los poetas, y casi desde el primer momento llegan á la obra maestra. El saber y la poesía de la época, se sintetizan en la expresión más alta de la inteligencia humana, en la inmortal Comedia de Dante. Unos á otros se comunican el ansia de adquirir los nuevos conocimientos; la fiebre de la ciencia se apodera de la sociedad, es la idea fija.

En medio del desorden, del estado perpetuo de gue-

rra, entre un combate y otro, pueblos y príncipes se ocupan de discusiones teológicas y filosóficas, del restablecimiento de un texto antiguo recientemente hallado, de exhumaciones de restos romanos, del último cuadro salido del estudio del pintor en voga. Pueblos y príncipes, entre una expedición y otra, entre una conspiración y una sublevación, compran manuscritos preciosos, elevan monumentos, fundan bibliotecas y academias.

La arquitectura, naturalmente la primera de las artes que toma forma, se deja apenas influir por la escuela bizantina, adopta por un corto momento el estilo gótico, hijo del septentrión, é inmediatamente crea un estilo, suyo propio, diferente en cada región de Italia, pero expresión en todas partes del genio claro y luminoso del país y de la raza.

La pintura, nacida de la imitación de los mosaistas bizantinos, estrictamente hierática al principio, expresión sencilla de una idea, sin preocupación de forma ó colorido, adquiere ya con Cimabue y Giotto algo de movimiento y vida, y pasando por la escuela de Umbría, puramente cristiana, llega al concluir del siglo XV, á los titanes del arte, *dii majores*, que al mismo tiempo que la llevan al mas alto grado de perfección, hacen de ella, hasta en los asuntos religiosos, un arte pagano, es decir, que no tiene más objeto que la armonía de la composición, la perfección de la forma, el brillo del colorido.

La escultura la sigue poco más tarde. Después de los primeros ensayos, hechos bajo la influencia bizantina, Nicolás de Pisa comprende la belleza de algunas obras antiguas, traídas de Grecia por los Pisanos, y da á la escultura nueva dirección, sometiéndola al estudio de la

naturaleza. Cuando viene el Renacimiento, cuando los modelos antiguos abundan, ese arte se desarrolla rápidamente, adquiere la habilidad de ejecución técnica que le faltaba, culminando con el gran Miguel Angel, en la belleza serena del Penseroso y en la belleza trágica de la Pietá.

La música, más antigua que sus tres hermanas, pues en los primeros siglos después de la caída del Imperio Romano existía ya en las iglesias, en sus dos formas de canto ambrosiano y canto gregoriano, fué más lenta en su desarrollo. Aunque participa al concluir del siglo XV del progreso común, no debía llegar á producir una obra maestra hasta muy entrado el siglo siguiente, cuando Palestrina salvó de la proscripción á la música religiosa componiendo la Misa del Papa Marcelo.

El espíritu de innovación y de reforma que en la última parte del siglo XV se produjo en Italia, invadió á la vez todos los ramos del saber, todos los objetos de la actividad del hombre. Este movimiento recibió un impulso extraordinario á la llegada de Lascaris y de sus compañeros fugitivos de Constantinopla. Traían éstos, como precio de la hospitalidad que se les daba, las obras de los oradores y poetas de Atenas, y por una combinación de circunstancias que se puede llamar providencial, en ese momento se inventaba la imprenta, que iba á multiplicar y perpetuar para las generaciones futuras esas supremas expresiones del pensamiento.

Las letras y las artes adquieren un brillo incomparable. Repúblicas y príncipes luchan en el ardor con que estudian y cultivan los recuerdos de la antigüedad. En el aniversario del nacimiento de Platón se da el banquete

de que Marsilio Ficino nos ha conservado el recuerdo; Bembo declara que no lee su breviario en latín por no contaminar su estilo; Alfonso de Aragón, rey de Nápoles, por un manuscrito de Tito Livio, renuncia á hacer la guerra á los florentinos. Es un momento único en la historia.

Por otro lado, en Francia, que al cabo de cien años veía su territorio libre del invasor inglés, se acababa el feudalismo. Un solo rey, Luis XI, había bastado para esto. Había consagrado á esta tarea toda su inteligencia y toda su habilidad, toda su pasión y toda su energía. Todos los medios le eran buenos: sucesivamente, á ó la vez, empleó la guerra abierta, la astucia, la crueldad, el crimen, para abatir á los mismos á quienes había sostenido, y de quienes se había valido durante el reinado de su padre. Fué el artífice de la unidad territorial; y consiguió esto con tanta mas facilidad, cuanto que en la Francia de la edad media, aunque se había intentado introducir instituciones municipales, nunca habían éstas tenido efecto permanente. Se habían en verdad concedido Cartas á las ciudades, y privilegios á sus magistrados, pero unas y otros, no habían pasado de ser meras fórmulas, nunca habían tenido vida. Ciudades y pueblos nunca habían disputado la autoridad á sus señores, y cuando llegó el día en que el poder de éstos cayó ante la autoridad de la Corona, nada quedó en pie, que la pudiera contrarrestar, y se inició esa tendencia á una centralización completa, que desde aquella época ha caracterizado á Francia.

En los últimos años del siglo XV, se preparaba Carlos VIII á pasar los Alpes, para sostener sus dudosos

derechos á la Corona de Nápoles. Su rápida expedición iba á tener grandes y persistentes consecuencias. Iba á traer algunos años después la vindicación por Aragón de sus no menos dudosos derechos, y se iba á iniciar la serie de guerras de franceses y españoles en Italia. Pero un resultado de otra especie tuvo esa primera expedición francesa: por medio de ella entró Francia en la órbita del Renacimiento italiano.

En Alemania se preparaba esa gran revolución que se llama la Reforma, que bien que no se haya producido con toda su fuerza hasta el siglo XVI, se dejaba ya entrever en los ensayos y trabajos oscuros que daban principio á ese movimiento religioso. No era nuevo el que se tratara de poner algún remedio á los males de que la Iglesia sufría y al malestar de la cristiandad. Algunos soberanos, en Francia, en Alemania, habían tratado en el siglo XV de acometer esa obra, y grandes Concilios, como los de Costanza y Basilea, reunidos por iniciativa de las Universidades, habían emprendido la colosal tarea. Ni unos ni otros habían dado fin á su empresa; bien se advertía que el antiguo edificio necesitaba renovarse, no se veía sobre qué bases había de construirse el nuevo.

No era el movimiento que se preparaba exclusivamente religioso. Pudo parecerlo, porque en las sociedades de la edad media, todo adhería estrechamente á la religión: la política, la cultura intelectual, los gobiernos, todo se apoyaba en la Iglesia, y parecía formar con ésta un solo cuerpo. Á pesar de algunas excepciones, de algunas tentativas de resistencia, de algunas luchas, la política era entonces teológica, el Estado era una dependencia de la Iglesia, y el derecho divino era origen y fuente tanto

de la autoridad como de la ciencia. Pudo pues parecer que la revolución que se presentía, iba dirigida especialmente contra la Iglesia: en realidad era una evolución al mismo tiempo religiosa y literaria, política y social.

Portugal había inaugurado la era de los descubrimientos. En la historia general de la edad media, la Península Ibérica se había hallado algo separada de la corriente principal de ideas y acción que prevalecían en el resto de Europa. Sus pueblos no se habían unido á las demás naciones cristianas en las Cruzadas, porque tenían su propia Cruzada en su mismo territorio. De esta contienda, Portugal se halló libre antes que España, y se halló por tanto, en disposición de dedicar su energía á empresas exteriores. Sus expediciones á África, empezadas con fines militares, seguidas en interés del comercio, sirvieron después de poderoso estímulo á las investigaciones geográficas. Los resultados de la actividad de esa pequeña nación fueron maravillosos. Había descubierto el Cabo de Buena Esperanza, de donde debía después ir á Mozambique, á la India, á la lejana Malacca; y de aquí tenía el camino abierto á las islas de las Especias. Y tal era la vehemencia con que proseguía sus descubrimientos y conquistas, que hubo de trazarse algunos años después, y en interés de la paz, el famoso meridiano que separaba las adquisiciones portuguesas de las españolas; que, si bien á la sazón, mal se podían conocer sus resultados, no dejó de tener consecuencias importantes, pues con arreglo á él, el Brasil fué portugués, mientras todo el resto de la América del Sur era español, y con arreglo á él obtuvo Portugal sus posesiones de África y de la India. Á fines del siglo XV estaba ese país en lo mas álgido de

su fiebre de descubrimientos, y si no aprovechó el fruto del genio de Colón, sólo fué porque no supo discernir ni comprender su grandiosa idea.

En España terminaba la guerra que había empezado ocho siglos antes para expulsar al invasor infiel del suelo patrio. La cruzada, que para otras naciones había sido un acontecimiento accidental, emprendido voluntariamente, abandonado á su conveniencia, había sido en España el objeto, el fin único, la vida y la muerte de veinticinco generaciones. Las condiciones especiales de aquella lucha, dieron necesariamente forma especial al carácter de la nación. En esa campaña de ochocientos años, en que, partiendo de las ásperas montañas de Asturias para llegar á las torres de la Alhambra, cada paso fué un combate, cada día vió una batalla, solo la disciplina, la estricta obediencia á los jefes, la abnegación, las virtudes del soldado, hicieron posible un esfuerzo tan continuo. Se creó, por tanto, un espíritu militar, superior al de toda otra nación de aquella época. La autoridad completa del Señor y del Soberano era, no solo útil, sino necesaria, pues si no hubiese existido unidad perfecta de acción en frente del poderoso enemigo que había que combatir, no hubiera habido probabilidad de que se conservara la existencia nacional. En el largo período en que el musulmán poseyó poco ó mucho del territorio, nunca logró tener unión política alguna con el habitante cristiano. Del principio al fin no fué más que un invasor, y como invasor fué siempre tratado. La guerra que con él se perseguía, era al mismo tiempo política y religiosa, y esto produjo una alianza estrecha entre el poder político y religioso. Y si ese estado perpetuo de guerra, quitó á los

españoles la afición al trabajo regular y continuo, les dió en cambio el amor á las aventuras, y los preparó para todas las empresas.

Se habían unido Castilla y Aragón. Se había formado un Estado poderoso, que al acabarse la guerra con los Árabes, iba á poder consagrar el sobrante de su energía á empresas exteriores. El rey de Aragón tenía constancia y paciencia en sus propósitos, juicio seguro, habilidad extrema, cualidades políticas de primer orden. La reina de Castilla, inteligente, activa y emprendedora, compartía los trabajos de su marido, tanto en campaña como en el consejo. Piadosa, dulce y humana, se hizo defensora de los moros vencidos, de los judíos perseguidos, como debía mas tarde serlo de los indios de América. Toda idea jenerosa encontraba en ella acogida. Tenía el corazón noble y el alma grande. Estaba pues España, cuando se presentó Colón, preparada para el gran evento que se acercaba; preparada para ponerse al frente de las naciones en el gran paso que la humanidad iba á dar.

El mundo todo fermentaba, los antiguos países se habían quedado estrechos para tanta agitación, se necesitaban nuevas tierras para la expansion de la actividad del hombre, y la voz de Rodrigo de Triana, cantando tierra á bordo de la carabela *Pinta*, anunciaba que la humanidad había cumplido una de sus etapas, que el mundo entraba en una nueva era, y que la edad moderna había empezado.

Era aquel un acontecimiento único. Se iba á establecer un contacto real y permanente entre las dos mitades de nuestro planeta, y se iban á juntar las dos corrientes de vida humana que desde la edad glacial habían corrido

separadas. Esto hizo Cristóbal Colon, y acabó con ello una empresa que no se podía ejecutar sino una sola vez.

Estaban los descubridores persuadidos que habían arribado á islas del continente asiático y no soñaban sino con las riquezas del Kathai y de Cipango. Esta idea tardó muchos años en desvanecerse, y no bastó el descubrimiento del Mar Pacífico, sino que fué necesario el gran viaje de circunnavegación de Magalhaes y Elcano, treinta años después del primer descubrimiento, para que la generalidad de la gente se formara idea aproximada de la distancia y situación respectivas de América y Asia.

La pérdida de la *nao Santa Maria* en los días de Navidad de 1492, determinó el lugar en que se iba á fundar la primera colonia europea en América. En lo que entonces se llamó la Isla Hispaniola, nació el primer establecimiento español; é Hispaniola fué, por tanto, el centro de donde se extendieron las líneas de los primeros descubrimientos y conquistas: al Norte con Ponce de León y Pineda; al Oeste con Velázquez y Cortes; al Sur con Balboa y los Pizarros.

Durante tres cuartos de siglo la actividad exploradora y colonizadora de España fué inmensa. En ese corto espacio de tiempo fundó un imperio que se extendía de Norte á Sur noventa grados geográficos, sometió, organizó regiones extensas, fundó ciudades, estableció un comercio activo entre sus nuevas colonias y la metrópoli. Puñados de aventureros conquistaron reinos poblados por millones de habitantes, y á costa de hazañas que parecen increíbles, plantaron los Castillos y Leones en toda la extensión del Continente. Cierta que los ayudó el terror supersticioso que inspiraban á los salvajes habitantes

de aquellos países, quienes al verlos aparecer en sus naves, al fondo del horizonte misterioso, creían que eran hijos de los dioses bajados á la tierra. Y para confirmar esa creencia, no sólo tenían esos soldados que venían de las guerras de los Moros, ó de las guerras de Italia, valor y esfuerzo desmedidos, tenían armas de fuego, que además de ser mortales, eran objeto de supersticioso temor. Tenían más: tenían caballos. Ante estos animales, hombres, mujeres y niños huían despavoridos. Sentían ante ellos el miedo que paraliza, el miedo producido por lo sobrenatural, contra el cual no hay valor que prevalezca.

Muchas frases sentimentales se han escrito sobre la perversidad española que atravesó el océano para atacar pueblos que ningún mal le habían hecho, y destruir antiguas y adelantadas civilizaciones. Sin duda, hablando en absoluto, las agresiones inmotivadas son cosa detestable; y es más cierto todavía que se produjeron en la conquista de América muchos hechos condenables. Pero si hoy no ha llegado, ni con mucho, la raza humana á ese *summum desideratum* de equidad, de respetar la independencia de una raza considerada inferior, es una ironía pedir semejante abnegación de los hombres del siglo XV. Ninguna otra nación se hubiera abstenido de conquistar las nuevas regiones, ni se ha abstenido entonces ó después, cuando su interés se lo ha aconsejado; y no se puede, en conciencia, afirmar que ninguna otra nación, en igualdad de circunstancias, hubiera verificado aquella conquista de una manera más humana. Si no se pervierte la perspectiva histórica, debe confesarse que muchos de aquellos españoles tenían un fin más alto, que pelear por pelear ó ganar oro. Ciertamente el amor de las aventuras y el deseo

del lucro, tuvieron una parte principal en aquella epopeya, pero si se toma en cuenta la manera de ser del alma humana en aquella época, no se podrá negar que el deseo de extender el dominio de la Iglesia, fué un motivo de acción muy real y muy poderoso. Nadie dirá que la civilización española, fuere cual fuere, no era superior á aquellas civilizaciones relativas que tenían las razas indígenas, en que el canibalismo y las hecatombes humanas eran hechos frecuentes y naturales. Nadie dirá que la vida y las costumbres europeas no tenían un nivel moral superior á los hábitos salvajes de los indios.

Actos de crueldad se produjeron muchos. Algunos, causados tan solo por la sed del oro; otros, aunque esto no los excuse, cometidos con un fin de conveniencia política. No se puede perder de vista, que puñados de españoles se lanzaban á conquistar millones de hombres, con una audacia, que al mismo tiempo parece heroica y absurda. Cortés emprendió su marcha hacia Méjico, después de echar á pique sus buques, con 450 hombres y 15 caballos. Pizarro empezó la conquista del Perú con 300 hombres y 50 caballos. Esas partidas de aventureros, perdidas en países desconocidos, estaban pues condenadas ó á inspirar profundo terror, ó á perecer. Ni en justicia se puede olvidar, de qué se componían aquellas mesnadas que conquistaban un mundo. Muchos, la mayor parte de aquellos aventureros, eran el deshecho de los campamentos, el vil residuo de las guerras europeas; había entre ellos buen número de criminales salidos de las cárceles de España. No entraba naturalmente en los planes de estos, trabajar con sus manos, como no fuera en pelea, y sí sólo hacer trabajar al indio en provecho

propio; y en la abundancia que había de trabajo indio, la vida del indio se estimaba en poco. Hubo de todo en la conquista: hubo hombres desalmados y crueles, tigres con figura humana; los hubo también dechado de mansedumbre y caridad; á América vinieron los Pedrarias, también vinieron los Las Casas y los Montesinos.

Fácil era á las naciones á quienes no había cabido la suerte y la gloria de tamaña empresa, formular acusaciones y denuestos; mas difícil les hubiera sido obrar de diferente modo, si hubiesen venido á América.

Pero no podían venir. En la Europa del siglo XVI, sólo España estaba preparada para tan colosal esfuerzo; sólo España tenía un sobrante de energía suficiente para emprender y acabar tan gigantesca obra. Con razón puede la raza española estar orgullosa de aquel hecho, que no se imitará jamás.

Se había conquistado ya una gran parte de lo que iba á ser el Imperio español en América, cuando los Pizarros, para deshacerse de Almagro, consiguieron que desde la Corte se señalara á este un nuevo país que someter y organizar, al Sur del que iba á quedar bajo su exclusivo gobierno. Debía llamarse Nueva Toledo, y comprendía próximamente lo que después fué Chile.

Breve fué la expedición que á este país hizo Almagro, y sin resultados. Sólo cinco años después debía Pedro Valdivia emprender otra, y hacer, en lo posible, su conquista. En lo posible, porque en ninguna otra parte de América encontraron los españoles una resistencia tan formidable. Aquí encontraron á la más noble de las razas indígenas, raza indómita é insubiyugable, que mantuvo la guerra cantada por Ercilla, en la que Valdivia pereció.

Los jefes que sucedieron á este, hallaron también á los araucanos inconquistables; y á la verdad, hasta nuestros días han podido estos valientes indígenas alabarse de que nunca han doblado el cuello al yugo del extranjero.

La colonia que en esa tierra se fundó, se distinguió de las demás en una particularidad, que con el tiempo resultó ser la mayor bendición que podía alcanzar. Tuvo la suerte de pasar por pobre. Se libró con eso de la invasión de aventureros de baja ralea que infestaban á las demás. La gente que aquí venía, venía á trabajar, á ganar su pan de cada día con el sudor de su frente, no traía la esperanza de ganar una fortuna en breves días. Se formó, por tanto, en ella, una raza de hombres laboriosos, tenaces y pacientes, sanos de espíritu y de cuerpo. Y cuando llegó el día, que debía llegar, de la separación de la antigua patria, esa raza se encontró apta para alcanzar los altos destinos que la suerte le tiene claramente señalados, se encontró apta para las glorias de la guerra, para las artes de la paz. Y cuando los que han quedado en el antiguo suelo, los que guardan el solar de nuestros comunes padres, ven el camino de laboriosidad, de actividad intelectual, de influencia é importancia política que este país sigue; cuando ven que los hombres que lo dirigen llevan los nombres gloriosos de los primeros conquistadores, que son los herederos del esfuerzo y de las virtudes cívicas de los que lo organizaron y administraron, se acuerdan con orgullo de que en la lejana tierra que se extiende entre los montes altos y el mar inmenso, todavía hierve su propia sangre, vive su mismo espíritu, late una parte de su corazón.

